

DOCUMENTO

DISCURSO DE MONS. AGRIPINO NUÑEZ C., RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA MADRE Y MAESTRA, EN EL ACTO DE LA XXVI GRADUACION, EL 12 DE JUNIO DE 1982

Una vez más los miembros de la Comunidad Universitaria nos reunimos bajo el techo del firmamento en otra tarde de junio, para compartir con los padres y familiares de estos 447 graduandos la alegría de culminar con éxito una importante etapa de sus vidas: el logro de una formación profesional enmarcada en los principios humanísticos y cristianos. Los graduandos de esta promoción, los 248 de la promoción de enero y los que se graduarán próximamente en la Escuela de Formación Hotelera hacen un total de 781 nuevos profesionales en 1982, y este es el mejor aporte que hacemos al país en la conmemoración del Vigésimo Aniversario de la fundación de la Universidad.

Una graduación ha sido siempre una fiesta especial y para revestirla de mayor solemnidad, docentes y graduandos aparecemos con las galas del traje académico como símbolo del éxito alcanzado por ustedes, jóvenes graduandos, que es también éxito de la Comunidad Universitaria que trabaja por y para los estudiantes, y es un triunfo compartido por sus padres y por cuantos han hecho posible de algún modo la vivencia de este día.

En esta graduación de verano nuestro campus se engalana con la policromía de la naturaleza, que adorna nuestras instalaciones y que contribuye a hacer de este campus uno de los más atractivos que conozco para el estudio, la reflexión y la elevación del espíritu.

Una universidad, sin embargo, lo sabemos todos, no es un conjunto de edificios y jardines, como un hombre no es un cuerpo. La esencia de una institución como la nuestra, reside en su alma, en el espíritu que la anima; en los ideales y objetivos que se propone y en la capacidad y noble generosidad de su comunidad para contribuir al logro de sus objetivos.

En noviembre de 1982 se cumplirán 20 años del inicio de las labores docentes de la Universidad Católica Madre y Maestra, primera

institución de estudios superiores nacida de las inquietudes del sector privado en la historia contemporánea de nuestro país.

El anuncio de la creación de la Universidad Católica Madre y Maestra, bautizada así en homenaje a la Encíclica del inmortal Juan XXIII, fue recibido por muchos con escepticismo y parecía utópica la fundación de una universidad privada en Santiago, pues se decía que una universidad privada en este país, bajo el liderazgo de la Iglesia, no pasaría del nivel de un seminario.

Hoy con gran humildad agradecemos a Aquel de quien procede todo bien, los grandes beneficios y los frutos cosechados por esta Universidad, que, usando las palabras del poeta Héctor Incháustegui Cabral en sus primeros años "era una cosa insegura, pequeña y débil que nació en casa de madera vieja, se acomodó luego en local prestado para al fin asentarse entre matorrales y lodo sin caminos".

Los frutos cosechados han sido posibles porque el Señor ha bendecido generosamente los esfuerzos de todos, pues como dice el salmista: "Si el Señor no edifica en la casa, en vano se esfuerzan sus constructores".

Es de justicia también expresar nuestro reconocimiento a la Conferencia del Episcopado Dominicano que, adelantándose a los signos de los tiempos, creó en el año 1962 esta Institución, con clara conciencia de que las exigencias del mundo moderno demandaban una presencia activa y eficaz de la Iglesia en la promoción de la juventud, uno de nuestros más preciados valores y esperanza de la Patria.

Asimismo, extendemos nuestro reconocimiento a todos los miembros de la Comunidad Universitaria: a los integrantes de la Junta de Directores, quienes siempre están disponibles con su tiempo, su talento y su experiencia para ponerlos a disposición del logro de los objetivos de la Institución; a nuestro dedicado personal docente y administrativo, desde aquellos que están en los más altos niveles de responsabilidad hasta nuestros celosos jardineros y personal de mantenimiento, quienes con gran empeño y orgullo, mantienen los edificios y el campus en condiciones que llaman la atención, no sólo de los dominicanos, sino también de los distinguidos visitantes de prestigiosas instituciones universitarias del exterior, y en fin, a los estudiantes y a sus padres que han tenido la confianza de elegir nuestro centro de estudios para la preparación profesional de sus hijos.

No voy a referirme en detalle a los logros alcanzados en estos 20 años, pues no podría hacerlo en el breve espacio de un discurso de esta naturaleza. Los frutos están ahí, a la vista de todos, unos que pueden ser captados y disfrutados por los ojos, como aparece convertida la Universidad de lo que fue una casa vieja de madera en el centro de la ciudad, en este espléndido y hermoso campus-jardín que ha extendido sus beneficios a Puerto Plata, a Bonao y a la propia ciudad Capital.

Los nuevos programas, especialmente los del Recinto Santo Tomás de Aquino, constituyen un permanente y renovado reto a la Institución que hoy como ayer cuando fue fundada, mantiene como uno de sus objetivos no sólo el de seguir incursionando en caminos no surcados, sino también profundizando lo que desde 1962 ha sido uno de sus más claros propósitos, el de la excelencia académica.

A la luz de las nuevas necesidades del país, esta Universidad se siente comprometida a trabajar incansablemente para contribuir a llenar uno de los vacíos sensibles en esta etapa de desarrollo de la nación, que es la capacitación gerencial a distintos niveles pero manteniendo la característica que la ha distinguido siempre: profundizar, principalmente, en la calidad académica.

En este mundo de crisis y de incertidumbre que vivimos quizás no sea ocioso recordar que las universidades han nacido como una respuesta del espíritu a los problemas graves, sobre todo, cuando éstos han afectado los valores inalienables del hombre. Y han surgido como rayos de luz y de esperanza cuando la fuerza de las tinieblas parecía que iba a arropar la humanidad.

Las universidades han representado un acto de fe del hombre en el futuro de la humanidad y en su responsabilidad de contribuir a corregir y a mejorar los males.

Recuérdese que en la Edad Media, cuando mucha gente había sido víctima de la violencia del hombre contra el hombre, en lo que algunos han definido como "el azote de los Bárbaros", justamente a iniciativa de la Iglesia nacían las primeras universidades. Algunas tuvieron como asiento los conventos y los monasterios y otras funcionaban, como la de Abelardo, sobre la montaña desnuda de Santa Genoveva, donde congregaba hasta cinco mil estudiantes bajo el único techo posible: el cielo estrellado de París. Y aquella se considera una de las primeras universidades de Occidente.

En nuestra isla toca a la Iglesia también la labor de difundir la

cultura junto con la propagación de la fe. Ya desde los tiempos de la Colonia el canónigo Alvaro de Castro funda una cátedra de Teología, que fue la primera del nuevo mundo. La Universidad de Santo Tomás de Aquino y el Colegio de Gorjón van a ver sus cátedras ocupadas por prestantes miembros de la Iglesia en los albores mismos del Descubrimiento. El Padre Charboneau funda la primera colonia agrícola del país en 1857 y monseñor Fernando Arturo de Meriño reorganiza el Instituto Profesional en 1882, del que fue Rector en 1885.

La Iglesia permaneció ligada a la educación dominicana aún en tiempos oscuros, a través de las escuelas técnicas y de la enseñanza primaria, secundaria y vocacional a todo lo largo y ancho de la geografía nacional. Y fue precisamente la Iglesia que señaló el camino de la luz, creando la Universidad Católica Madre y Maestra, cuando la República acababa de salir de una noche de tinieblas de treinta largos años y tenía ante sí un horizonte de incertidumbre.

Quizás valga la pena recordar que la Iglesia misma sufrió en carne viva una tenaz persecución sin precedentes en nuestra historia republicana. Y la respuesta de la Iglesia, encabezada por mitrados que sufrieron vejaciones de carácter inconcebible en un país cristiano, fue la de renovar su fe en el destino del hombre dominicano y señalar una pauta para el desarrollo nacional, con la creación, en la segunda ciudad del país, de la Universidad Católica Madre y Maestra.

Nació esta Universidad cuando pocos pensaban que podía nacer y cuando muchos señalaron su establecimiento como una locura.

Pero esta obra, que surgió de la nada, tenía los sólidos cimientos de una fe y una confianza inquebrantables en la Divina Providencia y, asimismo, sus fundadores estaban convencidos de que el desarrollo espiritual y material del país tenía que ser obra de todos y de que en ese esfuerzo común la Iglesia debía estar presente en forma eficaz.

El minúsculo grano de mostaza, sembrado en predio ajeno, pronto echó sólidas raíces, creció y se expandió hasta convertirse en árbol vigoroso cuyos frutos han nutrido y nutren a millares de jóvenes en los más variados campos del saber, particularmente en aquellos que, en el contexto de nuestras actuales circunstancias, el país reclama con mayor urgencia para su desenvolvimiento socio-económico, político y cultural.

Hemos repetido muchas veces que al crearse la Madre y Maestra fue concebida y diseñada —y la hemos seguido impulsando— bajo el

signo del desarrollo. Nos sorprendió gratamente cuando oímos decir años después a Su Santidad Paulo VI que “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”.

La Universidad Católica Madre y Maestra, desde su mismo nacimiento, se propuso como meta, entre otras, ofrecer programas que no eran atendidos por la única universidad existente, la Autónoma de Santo Domingo y de ahí surgieron, creadas por primera vez en el país, las ingenierías técnicas con su gama de carreras a nivel tecnológico; la Administración de Empresas, Trabajo Social, Enfermería a nivel universitario, y posteriormente, la de Geología e Ingeniería de Minas, la de Sistemas y Computación y la Administración Hotelera. Su característica de institución innovadora no sólo en la creación de carreras nuevas, sino en su organización académica y administrativa y el nivel de sus programas académicos la han colocado en el sitio que hoy ocupa de institución acreditada en el mundo de la educación superior.

Muchos cuestionaron la posibilidad de que esta Casa de Estudios pudiera desarrollar esas carreras en las que no había ni tradición en el país, ni profesionales que pudieran ser utilizados como profesores. Sin embargo, la Universidad fue sumamente cuidadosa en su planificación para el logro de los objetivos propuestos.

Conscientes de que la excelencia académica no era posible sin tener un cuerpo de profesores competentes, esto es, especializados en su área de enseñanza, en 1964 se preparó un plan de capacitación de su profesorado en el exterior y al mismo tiempo se lograron acuerdos con prestigiosas instituciones académicas del Continente y con la UNESCO, para suplir el personal docente que no era posible conseguir en nuestro medio.

Un ejemplo de que este proyecto de planificación de 1964 fue realista y adecuado a las necesidades del país, lo constituye el hecho de que en el Programa de Superación del Profesorado se han especializado hasta la fecha más de 200 profesores en universidades del viejo y nuevo mundos, y de los graduados que hemos entregado al país, alrededor de cinco mil se han preparado en carreras consideradas prioritarias para el desarrollo nacional.

Otro aspecto sobre el cual se tomó una decisión desde 1962 fue mantener la Universidad abierta al talento. Desde entonces empezó el Programa de Crédito Educativo para aquellos estudiantes que teniendo inteligencia no contaban con recursos económicos para ingresar a una institución de estudios superiores. Hasta la fecha la

Institución ha invertido en este programa 8.4 millones de pesos, inversión que ha hecho posible que el 39.5 por ciento de nuestros egresados haya realizado sus estudios gracias a este programa. En esta cifra no se incluyen los estudiantes que han disfrutado de préstamos facilitados por la Fundación de Crédito Educativo.

Año tras año, más del 50% de la contribución que generosamente ha hecho el Estado Dominicano a esta Universidad ha sido destinada a ayudar a los estudiantes de escasos recursos económicos. Repetimos estos datos, porque son logros históricos y como dijo alguien “los hechos históricos tienen, con frecuencia, una fuerte carga de simbolismo expresivo que no todos calan. Captar el hecho es fácil, descifrar el símbolo es ya más complicado y no al alcance de todos”.

El conocido teólogo y humanista Rev. Francisco José Arnaiz, en su obra “Datos y Análisis para la Historia” dice: “Rememorando el pasado uno tiene que restregarse los ojos para aceptar hoy la realidad visible y palpitante. La diminuta Universidad santiaguera que iniciaba románticamente su vida universitaria el 15 de noviembre de 1962 en la angosta casa de alquiler de la esquina Máximo Gómez-Sully Bonnelly con quince profesores y sesenta alumnos, es hoy, a tan corta distancia, uno de los puntales más firmes del consolidamiento y progreso nacional. Dificultades en el camino, de todo orden, no han faltado, pero se han ido solucionando con coraje, temple, responsabilidad, sagacidad y fidelidad a sí misma. Las dos carreras iniciales en 1962 —Filosofía y Derecho— son hoy un amplio abanico de posibilidades adaptadas a las necesidades nacionales”. Y añade: “Los criterios de formación y las metas de su compleja labor universitaria la Madre y Maestra las ha ido sabida y flexiblemente afinando a base de reflexión, provocada unas veces por los embates irreprimibles, otras por las circunstancias nacionales y siempre por la insoslayable evolución, ley fundamental de la vida. Y hoy, lo que, sí, es indiscutible, es lo que afirmaba en uno de sus perspicaces editoriales el siempre penetrante y lúcido Rafael Herrera: ‘La Universidad Católica Madre y Maestra es una de las grandes creaciones del espíritu dominicano en los últimos tiempos’”.

La obra de esta Institución, como dijo el siempre bien recordado don Héctor Incháustegui Cabral “puede apreciarse con los ojos de la cara por lo que es físicamente hoy la Universidad, y con los ojos del espíritu, porque al espíritu le está reservado ver lo que es grande sin ocupar lugar sobre la tierra”.

El hecho de que actualmente la Universidad cuente con uno de los más altos porcentajes de Profesores de Tiempo Completo de las

universidades latinoamericanas, es decir, personas que durante años, en el ejercicio del apostolado de la docencia, de la investigación y del servicio a la comunidad, han decidido dar lo mejor de sí a sus semejantes a través de la profesión de la academia, es una clara demostración de lo que decimos.

Los diversos programas de servicio directo a la comunidad, particularmente en barrios marginados, en pequeñas poblaciones y en áreas rurales, han convertido la Universidad Católica Madre y Maestra en un árbol frondoso cuya sombra alcanza no solamente a los miles de estudiantes que día tras día acuden a sus aulas, sino también a millares de personas de todas las edades y niveles sociales que reciben los beneficios de los profesores y estudiantes en el consultorio médico, en el club cultural, en el aula de la escuela de su propia comunidad e inclusive en su propio domicilio, con las frecuentes visitas que en el programa de medicina comunitaria realizan estudiantes y profesores a los sectores más necesitados de Santiago y la región.

Para estos dominicanos la Universidad Católica no es una comunidad compuesta de edificios, profesores y estudiantes aislados en un hermoso campus. Lo verdaderamente rico y valioso de su campus, es su gente que auxilia a millares de niños, jóvenes y adultos en áreas tan vitales como la salud y la educación, proporcionando orientación y realizando una labor de siembra de esperanzas y toma de conciencia, procurando que, a su nivel y desde su comunidad, los ciudadanos, sin importar su condición, se conviertan en sujetos activos de su propio destino.

Esta labor tesonera, su apego a la filosofía que le dio vida, su voluntad de servicio al país en todos los órdenes adecuados a su función educativa, y este abrir nuevos surcos, generó una corriente de confianza que ha culminado con la ayuda generosa que nos han ofrecido los diferentes gobiernos que ha tenido la República, el sector privado nacional, numerosos organismos internacionales, particularmente el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), la UNESCO, la Fundación Kellogg, que se ha asociado a nuestros programas de Ciencias de la Salud, facilitando recursos para dos áreas de vital importancia como son un programa Materno-Infantil y otro para Adiestramiento de Administradores de los Servicios de Salud. También varios gobiernos amigos nos han ofrecido una inapreciable colaboración.

Aunque 20 años en la vida de una institución es un corto lapso, la

Madre y Maestra, a la luz de sus realizaciones, tiene características de una institución adulta y madura. A la edad de 20 años es una madre fecunda cuyo fruto principal, sus egresados, la hacen sentirse orgullosa, pues están incorporados a la tarea de levantar el país del subdesarrollo desde las más variadas posiciones.

La Universidad Católica no ha perdido en ningún momento esta conciencia original de estar atenta a las necesidades más urgentes y prioritarias de nuestro país que no son atendidas por otras instituciones. Un ejemplo de esta permanente vigilancia y capacidad de decisión para lanzarse por los caminos inexplorados lo constituye esta promoción de hoy, en la que entregaremos al país 49 médicos en Salud Bucal.

El curriculum de la carrera de Estomatología en esta Universidad ha sido diseñado tomando en cuenta al individuo y a la colectividad como una unidad, hacia los cuales se proyecta una atención de salud integral, enfocada a la salud bucal.

El programa se desarrolla sobre la base de actividades de enseñanza-aprendizaje, con el mismo concepto de nuestro Programa de Medicina, que implica una integración docente-asistencial. Otra característica de este profesional de la salud bucal es que está formado en el concepto del trabajo en equipo, con funciones muy bien definidas.

El modelo propicia, además, la participación directa de la comunidad a través de sus miembros, sus líderes y sus organizaciones y al igual que nuestro Programa de Medicina, tiene una fuerte orientación hacia el servicio social. Confiamos que este contacto con nuestra realidad contribuya a que estos profesionales trabajen en nuestro medio teniendo en cuenta nuestros niveles de desarrollo económico, científico, cultural y humanístico.

Tanto en el proceso de planificación de estos programas como en la ejecución de los mismos, se ha mantenido una estrecha colaboración con la Secretaría de Estado de Salud Pública y Asistencia Social y con la Organización Mundial de la Salud. Queremos aprovechar esta oportunidad para expresar públicamente nuestra gratitud tanto a los funcionarios de Salud Pública como a la representación de la citada organización mundial, que inclusive ha puesto nuestro programa en la ruta de sus becarios, al considerarlo un programa modelo dentro de lo que esa organización define como "salud para todos en el año 2000".

Para sólo mencionar un ejemplo de estos servicios, con satisfacción señalamos que el grupo de estudiantes que se gradúa de estomatología ya ha ofrecido a la comunidad en áreas marginadas de la región y en el Hospital Regional Universitario "José María Cabral y Báez" un total de 158,580 horas de servicio a la comunidad. Los 101 médicos que se gradúan hoy han ofrecido también 439,760 horas de servicio.

No mencionaremos las miles de horas que dedican a la tarea de servicio a la comunidad; como parte de su curriculum, los estudiantes de las diferentes ingenierías, Ciencias Jurídicas, Trabajo Social, Educación, Administración de Empresas, Contabilidad, Economía y los demás Departamentos de la Facultad de Ciencias de la Salud.

Esta vocación de servicio ha sido posible mantenerla y desarrollarla aún en los momentos más críticos porque entendemos que los universitarios y los cristianos, aún en medio de las crisis, cuando todo parece zozobrar, tenemos que constituirnos en sal de la tierra y luz del mundo. En ese espíritu se encuentran hoy reunidos en Argentina, alrededor de la cabeza visible de la Iglesia que es el Papa, todos los Presidentes de las Conferencias Episcopales del hemisferio en una jornada de oración por la paz mundial.

Centenares de miles de personas han orado junto al Santo Padre y a nuestros obispos en ese hermano país y desde aquí nosotros nos unimos espiritualmente a la misión pastoral del Papa, pidiendo al Padre Común que los esfuerzos y las oraciones que por la paz realiza Juan Pablo II sean acogidos y devueltos en la esperanza de un nuevo amanecer de paz en este mundo que cada vez parece estar más de espaldas a este anhelo de los hombres de buena voluntad.

Estimados amigos: Una universidad, aún cuando cuente con una larga existencia, si quiere responder a las necesidades de su medio tiene que estar constante y permanentemente en disposición de adelantarse a los desafíos de los tiempos. Por eso, las crisis, lejos de desalentarnos, deben constituir un acicate que nos impulse a buscar respuestas esperanzadoras y soluciones eficaces, porque como dijo un notable humanista "las crisis no son contingencias, sino parte integrante de la Historia Universal"; y en esa historia, añade, "nada hay sencillamente destructivo, aún la crisis más grave tendrá participación en la fecunda creación de lo nuevo".

En ese espíritu de confianza que nos da la fe en nuestros principios y valores, la Universidad Católica Madre y Maestra está siempre presta a aceptar los retos planteados para el cumplimiento de

su misión de servicio a la Patria. Esa vocación de servicio es la que la ha impulsado a realizar una serie de iniciativas que estamos seguros contribuirán a la solución de muchos de nuestros problemas en el campo de la educación superior.

En el futuro continuaremos otorgando especial atención al Centro de Investigación para que refuerce y amplíe los programas que ha venido desarrollando en los últimos años. Los programas de posgrado que iniciamos el año pasado en Santo Domingo se irán ampliando a nuevas áreas en la medida en que las necesidades lo vayan demandando y tomando en cuenta los resultados de la evaluación que se está llevando a cabo en nuestra Universidad.

Estamos haciendo gestiones ante varios organismos internacionales para la construcción de las nuevas facilidades que requerirán los programas de posgrado y de adiestramiento gerencial, la adquisición de los equipos de apoyo y de personal debidamente capacitado, mientras adiestramos dominicanos en reconocidas universidades, para ampliar y mejorar los programas de investigación, de nivel graduado y de educación continuada.

Tenemos plena confianza de que estos programas y otros que están en proyecto los llevaremos a cabo con éxito, porque si a partir de 1962, cuando el país sólo contaba con buena voluntad y deseos de superación pudimos desarrollar una Universidad que ha dado frutos de los cuales podemos sentirnos satisfechos, ahora que el país tiene miles de profesionales en áreas que eran desconocidas en 1962, que contamos con la confianza de organismos internacionales y de la propia comunidad nacional, y con acuerdos de colaboración con decenas de instituciones de educación superior de otros países, y que la Universidad tiene, además, una estructura académica y administrativa sólidamente establecida con profesores y administradores profesionales, ahora, repito, debemos tener plena confianza en que, con la ayuda de Dios, la Universidad seguirá contribuyendo, junto a las demás instituciones de estudios superiores del país, a la superación de los problemas que nos aquejan.

Otro factor de confianza es la demostración que acaba de dar la Nación dominicana en las recientes elecciones generales. A pesar de que nuestro país es relativamente joven en el ejercicio de la vida democrática, su demostración del 16 de mayo es una prueba inequívoca de su vocación por la paz y del grado de madurez cívica que ha alcanzado en los últimos años.

La Nación dominicana, el 16 de mayo, reafirmó que las metas

que se deben alcanzar han de decidirse por el consenso y no por la fuerza y la violencia, demostrando su condición de nación cristiana, porque, como dice Puebla: “nuestra responsabilidad de cristianos es promover los medios no violentos para restablecer la justicia”; y añade Puebla, “la violencia no es ni cristiana ni evangélica y los cambios bruscos y violentos de las estructuras serán engañosos, ineficaces en sí mismos y ciertamente no conformes con la dignidad del pueblo”. “Los cambios deben fundarse en las legítimas necesidades sociales del hombre”.

Quizás nuestra nación está llegando al ideal que señalan los obispos latinoamericanos cuando expresan la necesidad de un “Estado que se apoye sobre una amplia base de participación popular ejercida a través de diversos grupos intermedios. Propulsor de un desarrollo autónomo, acelerado y equitativo, capaz de afirmar al ser nacional ante indebidas presiones o interferencias, tanto a nivel interno como internacional. Capaz de adoptar una posición de activa cooperación con los esfuerzos de integración continental y en el ámbito de la comunidad internacional. Estado, finalmente, que evite el abuso de un poder monolítico, concentrado en manos de pocos”.

La Universidad, desde su inicio se ha esforzado y continuará esforzándose cada día más por la formación integral del hombre como persona humana, como realidad viva, espiritual, social e histórica. También continuaremos orientando nuestros programas de manera que contribuyan a la formación de un hombre no masificable, capaz de ser él mismo, capaz de lograr el objetivo esencial de realizarse, de participar como sujeto activo, responsable y libre en el proceso de la evolución histórica de nuestra sociedad.

Dentro del espíritu de Puebla seguiremos tratando también de contribuir en la medida de nuestras posibilidades al análisis y a la comprensión de los problemas que aquejan al hombre de hoy en su dimensión total, porque, la Universidad católica en un mundo pluralista “cumplirá con su función, en cuanto católica, encontrando ‘su significado último y profundo en Cristo, en su mensaje salvífico que abarca al hombre en su totalidad’. (Juan Pablo II, Alocución Universitarios 2 AAS LXXI p. 236). En cuanto universidad, procurará sobresalir por la seriedad científica, el compromiso con la verdad, la preparación de profesionales competentes para el mundo del trabajo y por la búsqueda de soluciones a los más acuciantes problemas...”.

Ahora para concluir me voy a dirigir a ustedes, jóvenes graduandos, recordándoles algo que se dijo en una ocasión como esta

hace unos años: nunca dejen de aprender y estén conscientes de la dignidad de su vocación. Pero no pierdan de vista su simple humanidad. Esto no será fácil porque ustedes ocuparán un lugar en la sociedad en que los tratarán con deferencia y los llamarán por su título, y quizás pueda ser difícil recordar que la palabra Doctor, Licenciado o Ingeniero, no es su nombre de pila.

Sean humildes, pues sólo los humildes aprenden. La explicable soberbia de un título, puede convertirse en un muro que impida el paso de nuevos conocimientos que son la fuente del enriquecimiento constante.

Aprovechen inteligentemente la lección de la realidad. No midan su éxito con la vara del dinero y dense a los demás sin olvidar que sus familias, sus colegas, sus compañeros de trabajo y quizás más tarde sus alumnos, son también parte de una comunidad que espera mucho de ustedes.

Cada uno de ustedes ha logrado aprender muchas cosas durante estos años. Sin embargo, les faltan por aprender muchas más. Pero hay algo que aunque lo hayan aprendido es bueno que alguien se lo recuerde: la cabeza está comunicada directamente con el corazón. No dejen que se separen ni se corrompan. Cada vez que se acerquen a un ser humano, tengan presente que es también un hijo de Dios.

No olviden nunca que el ejercicio de una profesión es, al mismo tiempo, un privilegio y un compromiso muy serio. Su Alma Mater, su Universidad, como Madre se alegrará con su éxito profesional y como Maestra mantendrá siempre sus puertas abiertas para ayudarles en la renovación y ampliación de sus conocimientos.

Que el Señor, en el camino que hoy comienzan a andar, les bendiga y les acompañe siempre.